

ardiente y celosa predicacion, el modo heróico con que combatió las herejías, su resistencia para ser ascendido á la sublime dignidad del episcopado, seria una empresa difícil de llevar á cabo en los límites estrechos de una oracion panegírica, á mas que seria abusar de la benevolencia con que soy escuchado. Basta, pues, tan solo, para probar que Agustin fué un sábio humilde, leer el admirable libro de sus *Confesiones*: ¿y lo habeis leído, señores? ¿y no habeis descubierto en él un nuevo género de humildad no conocido hasta entonces? Sí, es natural que un pecador convertido trate de ocultar sus pasados delitos y que se contente con manifestarlos al sacerdote en el tribunal de la penitencia: pero Agustin sabe que su fama se estiende por todas partes, que su virtud era celebrada, y se propone con la mayor humildad ahogar la fama de sus virtudes en la pública manifestacion de sus pecados, y pasan los siglos, y vienen á tierra convertidas en polvo las estátuas de los monarcas, y aun cuando el tiempo hace desaparecer las inscripciones grabadas para perpetuar algun hecho notable, en el mármol ó en el bronce, las caidas y flaquezas de Agustin, pasan de una en otra generacion sabidas, y todo porque el humilde obispo escribó no solo sus pecados públicos, sino hasta las culpas mas secretas que habia cometido.

Ahora deberia yo dirigirme á los cristianos tímidos y de poca fé que temen acercarse al tribunal de la penitencia, á ese tribunal santo donde bajo un secreto inviolable, se comunican los pecados al ministro del Señor, para alcanzar el perdon de ellos. Aprender pueden del humilde Agustin que los hace públicos por medio de sus escritos. Y observad que

no presento el ejemplar de un hombre ignorante, sino de un sábio, y de un sábio como Agustin, cuya sabiduría, cuyas obras, esceden siempre á cuanto pueda decirse de él, á cuanto el rumor y la fama pueda comunicarnos. *Major est sapientia et opera tua, quam rumor, quem audivi.*

Verdad es, señores, que ha habido filósofos que deseando singularizarse y que se hable de ellos, han arrojado las riquezas; y desprendiéndose de cuanto han poseido han abrazado la pobreza; ha habido otros que han despreciado los honores y grandezas de la tierra; pero observad á los filósofos de todos los siglos y buscad cual ha sido humilde de corazon: no veo sino á Agustin, hombre extraordinario que tanto se esfuerza en ocultar sus virtudes como en hacer públicos sus defectos.

Ni fué tan solo la suya humildad de corazon, sino tambien de entendimiento. El ha hecho ver al mundo que su vida no estuvo exenta de pecado, pero no se contenta con esto solo y hace ver que tampoco es infalible en su espíritu y de aquí el escribir sus retractaciones. Cuando los Pontífices consagran con decreto su doctrina, los concilios insertan sus sentencias en los cánones, los obispos recurren á sus luces, cuando los padres en los concilios de Hipona, de Cartago y de Numidia, no pueden menos de hacer pública la admiracion que les causaban sus elocuentes peroraciones, cuando en suma, su sabiduría es alabada hasta por sus mismos enemigos, entonces es cuando él se constituye juez severo é inexorable de sí mismo: examina con el mayor cuidado y diligencia todas sus obras, las corrige con exactitud, publica sus retractaciones y las sujeta todas al exá-

men de la verdad y al juicio de la silla apostólica. ¡Oh humildad profundísima nacida de la llama del amor de Dios! ¡Qué importa á Agustino para llevar á cabo el exámen de sus obras, el interés de la propia reputacion, ni su posicion, ni los dichos de los sábios, ni la murmuracion y risas de sus enemigos! Nada le importa el mundo, puesto que su corazon era todo de Dios á quien solo amaba. Oidle esclamar embriagado de amor: «solo quiero ¡oh mi Dios! respirar para amaros. Heriste mi corazon y ya es vuestro: el cielo, la tierra y el infierno me dicen que os ame: si elevo mis ojos al cielo y observo y admiro los astros, es porque os amo á Vos que sois el Artífice supremo, el autor de cuanto tiene sér: si temo las penas de vuestra justicia es porque os amo, y cuanto el mundo puede presentarme de hermoso y encantador, todo me es odioso, no solo lo que está fuera de mí, sino lo que está en mí mismo, si en ello no os descubro. Sin Vos, toda prosperidad, toda abundancia no es otra cosa que infelicidad y miseria. Venid, pues, á mí ¡oh mi Dios! hacedme la gracia de morar en mi corazon, para que yo os ame mas, para que me una á Vos para siempre por los vínculos estrechos é indisolubles del amor.»

Cierto es, señores, que la ciencia, llena de soberbia, como dice el Apóstol, y nosotros lo vemos cada dia confirmado en los sábios conducidos por un espíritu antievangélico. Pero esto no tuvo lugar en Agustino, cuyo espíritu fué todo de Dios. Su resistencia al sacerdocio y despues el episcopado, su retiro al claustro, sus confesiones en las que hace públicos sus pecados, y el libro de sus retractaciones, nos prueban suficientemente que él fué un *sábio humilde*.

Nos falta probar que fué tambien un *sábio útil*. Os suplico me continueis prestando vuestra atencion, pues no abusaré demasiado de vuestra paciencia.

SEGUNDA PARTE.

No hay duda, señores, que existen sábios en el mundo, pero no todos los sábios son útiles á la sociedad. ¿Dónde está aquel sábio que parece haber nacido mas para los demas hombres que para sí mismo? ¿Quién es aquel sábio, que atrae sobre sí las miradas de todos, la confianza de los pueblos, que es en suma el alma y el móvil de los grandes acontecimientos de su siglo? No es otro, que el santo obispo de Hipona, el grande Agustino, astro brillante y columna de la militante iglesia. ¿Y por qué tan célebre, por qué tan útil? Bien lo conoceis, señores, porque su sabiduría tuvo por base el temor de Dios; porque descansaba en la práctica de las virtudes todas.

¿Qué vió la religion en Agustín? ¿Qué admiró el mundo en su santidad? No otra cosa que virtudes que embelesan, singularidad que le distingue, y excelencias que le elevan y le hacen la admiracion de la iglesia. Celebre en buen hora la Escritura Santa, la maravillosa conversion de Pablo, por los triunfos que con ella consigue la naciente Iglesia de Jesucristo. ¿Pero podremos celebrar cual se merece el triunfo de la gracia en el corazon de Agustino? Aquel se trocó de vaso de error en vaso de eleccion, de perseguidor de la Iglesia en propagador y apóstol del Evangelio, y Agustín, aquel pecador que se bañaba en las cenagosas aguas de las delicias del

mundo, que caminando de error en error, de precipicio en precipicio, corrompiendo á su pueblo como Ananías á Jerusalem, ese varon tan sábio como engañado que hizo entonar al grande Ambrosio canticos de dolor; cual otro Pablo, dócil á la voz del cielo y detestando sus errores, queda convertido en apóstol, doctor y santo. San Mateo todo lo abandona al escuchar la voz de Jesucristo que le llama: los Apóstoles por seguir á su maestro renuncian cuanto poseian en el mundo: ved la imágen de ellos en Agustin, que menospreciando los laureles del siglo que tanto amaba en otros tiempos, solo se propone ganar el cielo por el camino hermoso de la caridad. Y lo consiguió, porque esta virtud, reina de todas, le hizo trabajar continuamente en favor de los demas hombres, le hizo en una palabra ser un sábio útil á la sociedad, pues ora le consideremos como fundador de un órden que tantos santos ha dado á la Iglesia, ora como predicador celoso, cual otro Jeremías por la conversion de sus hermanos; ya le observemos penitente cual otro David, y confesando públicamente sus culpas, ya en suma, abramos las páginas de las admirables obras que escribió su docta pluma, siempre encontramos modelos y ejemplos que imitar.

Empero ¡qué palabras han pronunciado mis labios! ¡Las obras que escribió Agustin! En verdad, señores, que de buena voluntad me daria por dispensado de hablaros de los sábios escritos de nuestro santo obispo, sino fuera necesario hacerlo para probar que fué un sábio útil. Porque ¿quién será capaz de hablar de las obras de Agustin sin ser Agustin mismo? ¿Cómo podrá un orador jóven é inesperto, hacer la apologia de aquellos sábios escritos que ser-

virán para enjugar las lágrimas de la Iglesia, y reformar su siglo? ¡Ah! que me es imposible hacerlo dignamente.

¿A quién debió la Iglesia la destruccion del paganismo, que abatido por largo tiempo, trabajaba sin descanso por dominar las naciones, prevaleiéndose de la decadencia de Roma para acusar al cristianismo de haber trastornado las divinidades tutelares del imperio? No á otro que á Agustin, que escribiendo la magnífica obra de *La ciudad de Dios*, obra que ha sido siempre el asombro de los sábios, por su inimitable erudicion, método y elegancia, y por la fuerza de sus incontestables argumentos, le causó una herida mortal que aun despues de tantos siglos no le ha permitido levantar la cabeza. Nunca, señores, podremos celebrar cual se merece esta obra maestra de Agustin, escrita no con la calma y tranquilidad que se necesita para escribir bien, sino formada en poco tiempo, y cuando se veia rodeado de graves asuntos y ocupaciones.

En vano combaten la doctrina de la Iglesia, hombres que, gloriándose de ser discípulos del Crucificado, pretenden al mismo tiempo la destruccion de la fé. Nada importa que estos osados herejes dirijan sus tiros contra la immaculada Esposa de Jesus: vive Agustin y lleno de celo sabrá combatirlos para hacer aparecer mas pura y radiante la religion divina. Hombres ilusos, sectarios del error, llegó ya el dia de vuestro esterminio. Agustin estuvo algun dia entre vosotros, pero ¿no habeis conocido que es un Sanson que contrae alianza con los Filisteos para destruir sus ejércitos y volver la tranquilidad y el consuelo á los hijos de Israel? Agustin impugna la herejía

con sus mismos principios, en voluminosos escritos y públicas disputas: vindica de las calumnias á la Escritura Santa: descubre lo ridículo y absurdo de los principios en que se apoyaban los herejes y arranca el velo de la hipocresía á la santidad fingida y continencia aparente de los fanáticos. Trata Fortunato de ocultar el veneno que esparce bajo las flores de la elocuencia, pero en vano, pues que Agustín acostumbrado á descubrir tales artificios, habla, arguye, y Fortunato se vé obligado á nuir envuelto en el manto de la confusion y la vergüenza. Si Fausto publica un libro blasfemo contra Dios y los Profetas, Agustín lo refuta con solidez y el hereje se ve obligado á sellar sus lábios, conociendo que nada puede objetar á la doctrina del sábio y santo Prelado. Provoque Félix á Agustín para una disputa pública: no importa, pues que esto será un nuevo triunfo: Agustín acepta, arguye con calor; Felix titubea, y reconociendo la verdad se convierte. Este triunfo, señores, no puede menos de demostrarnos que si la gracia sacó á Pablo del seno del judaismo para confundir á los judíos, la misma gracia sacó á Agustín del maniqueismo para la destruccion de los maniqueos.

Mas no concluyeron aquí los triunfos de Agustín: confundidos aquellos sectarios, aparecen en el campo de batalla los *Donatistas*, cuyo nombre no puede leerse sin espanto en los anales eclesiásticos. ¡Qué siglo tan funesto, señores, el IV de la Iglesia, si Dios no hubiese suscitado al grande Agustino, á los Crisóstomos y Gerónimos, que tan glorioso le hicieron! Traed á la memoria las célebres conferencias de Cartago y vereis á Agustín defendiendo la causa de

toda la Iglesia, confundiendo á los donatistas: él solo arguye á cerca de trescientos obispos cismáticos, ¿y qué resulta? Que muchos de ellos convertidos por la fuerza de sus argumentos se convierten, otros quedan confundidos, y la fé brilla, la Iglesia se consuela, triunfando la sabiduría de Agustín de la incredulidad y la herejía.

Cierto es, señores, que los Atanasios é Hilarios, habian dado golpes de muerte al arrianismo: pero aquel mónstruo soberbio nacido en el Oriente, habia corrido por todas partes, penetrando en el África, estendiéndose con la mayor rapidez. No habia muerto á pesar de los esfuerzos de aquellos Padres. Estaba reservada esta gloria para Agustín, que ora en eloquentísimos sermones, ora en sábios escritos le combate hasta lograr confundir á la herejía y hacer desaparecer á sus autores llenos de confusion y de vergüenza. Para el sentir de un hombre que no tuviese una fé firme, que no estuviese convencido de la existencia de Dios á su Iglesia, pareceria que el siglo IV era el último que debia contar de vida esta fundacion divina. No bien se ahogaba una herejía cuando al momento asomaba otra la cabeza; no bien eran disipados unos errores cuando aparecian otros de mayor bulto, de peores consecuencias.

¡Por qué, oh gran Dios, tantas persecuciones para vuestra Iglesia! ¡Yo adoro postrado en tierra las disposiciones de vuestra sábia providencia! No bien habia desaparecido el arrianismo, cuando aparece y se da á conocer la doctrina de Pelagio, que, hombre de espíritu vivo, de entendimiento sutil, austero y rígido en sus costumbres, maestro consumado en el arte de la hipocresía, por lo que se habia adquirido